

## PRÓLOGO: SOMBRAS EN LA MEMORIA

Lo que se reprime una y otra vez acabará surgiendo con violencia, siempre de forma siniestra e inesperada. Ese es uno de los principios básicos del psicoanálisis, y también el hilo conductor de *El poder de la Sombra*. Por más que tratemos de evitarlo, y seguramente a nuestro pesar, con el paso del tiempo sale a la superficie aquello que ha sido reprimido. El trabajo de la psicóloga Mercedes Lozano y su equipo será enfrentarse al Mal para poder limitarlo, para que su erupción no nos desborde del todo y sea posible una vuelta al orden.

Pero insisto, retomando el prólogo de *La caricia de Tánatos*, no se trata de un Mal con mayúsculas, sino de ese mal que forma parte de la vida cotidiana. Respiramos juntos, co-inspiramos, conspiramos... Porque de eso, y no de otra cosa, trata la Trilogía del Mal. Igual que la entrega previa, *El poder de la Sombra* aborda nuestra incapacidad para amar, pero esta vez lo hace sumergiéndonos en el pasado y en nuestra parte inconsciente. Evidentemente, para plantarle cara a este mal hacen falta habilidades diferentes y, ante todo, muy buenas dotes de observación.

En sus primeras páginas, María José Moreno retoma los pasos de la psicoterapeuta Mercedes Lozano, recuperada tras las intensas vivencias de *La caricia de Tánatos*. No podrá acomodarse en su agradable rutina y tardará poco en volver al ruedo: el abogado Enrique Castilla requiere sus servicios para la defensa de Rosa María Luque, una escultora de familia influyente y prometida con un conocido político, que es sospechosa de varios asesinatos. Las pruebas la señalan ineludiblemente. Por si fuera poco para Mercedes, tendrá que hacer equipo con Miguel Vergara, ese atractivo psiquiatra que la enamoró y en el

momento más delicado se fue, abortando la posibilidad de un futuro compartido.

La identidad y la memoria son puestas a examen por María José Moreno, que partiendo de su conocimiento profesional de la mente humana, muestra cómo la complejidad de la indagación y la recuperación de recuerdos enterrados va provocando cambios imprevistos en su personaje, la enigmática Rosa María Luque. También ella es enigmática para sí misma, porque estando convencida de su inocencia encuentra muchas preguntas sin respuesta.

Como en *La caricia de Tánatos*, el lenguaje, las palabras, los equívocos, los dobles sentidos y las omisiones voluntarias son la materia prima de *El poder de la Sombra*. Cualquier pequeña reacción, hasta la forma de respirar, puede estar cargada de significado. Pero en esta ocasión se complica la tarea de Mercedes Lozano y su equipo, porque no basta con confrontar, como en la anterior entrega, diferentes puntos de vista. En esta ocasión se confrontan además el pasado y su Sombra. Nuestra investigadora deberá afilar al máximo la intuición para llegar a una verdad mínimamente ajustada.

«La verdad os hará libres», dice la Biblia. Quizás el texto sagrado peca de optimista, al menos si lo contrastamos con la novela que ahora vas a leer. Esta novela aborda un conflicto en cuyos tentáculos caen y se implican varias personas, algunas por acción y otras por omisión. Algunas de esas personas tienen la capacidad suficiente de asumir con resignación esa verdad. Otras no pueden llegar a tanto y pierden el control sobre sí mismas. Viene al caso lo que me respondió un amigo hace no mucho en una mesa redonda: «La verdad no nos hace libres. Nos hace conscientes».

por David G. Panadero,  
director de la colección Off Versátil

# -CAPÍTULO 1-

*La Sierrezuela*

*Córdoba, 1978*

Delante del portón del cortijo, una niña de siete años, pelo rubio y cara angelical saltaba a la comba al tiempo que entonaba una popular canción infantil:

«Al pasar la barca,  
me dijo el barquero,  
las niñas bonitas no pagan dinero...».

Era un día muy feliz para ella. Cada vez que veía salir de madrugada a su padre y a su hermano mayor con las armas, se lamentaba de no ser un chico para poder ir de caza con ellos. Aquel domingo, su progenitor había cedido ante su insistencia.

Daniel se le acercó, tras susurrarle algo al oído le tiró de las coletas. Luego salió corriendo y ella tras él.

El sol se ocultaba dejando el campo en penumbra. Las piezas cazadas, cincuenta jabalíes, reposaban en perfecto orden sobre el suelo de tierra. Antes de que la oscuridad fuera total, un improvisado fotógrafo se apresuró a inmortalizar la escena con su flamante cámara. Los cazadores, cubiertos con abrigo tipo *Loden* y las escopetas al hombro, mostraban una arrogante sonrisa ante el objetivo, al tiempo que ponían un pie sobre las piezas cobradas en señal de dominio, de superioridad.

Las botellas de coñac circulaban de mano en mano calentando las gargantas de los hombres y exaltando sus espíritus. Los encargados del cortijo encendieron candelas con las que poder ver y calentarse.

Las mujeres, abrigadas con gruesas rebecas de lana y pañuelos en la cabeza, colocaron las trébedes sobre uno

de los fuegos; sobre ellas dispusieron la sartén en la que echaron las migas de pan, los ajos y demás avíos.

El frío de la noche arreció y la mayoría de los hombres subieron a sus coches dispuestos a marcharse. Por el camino de tierra, formando una caravana, enfilaron en dirección a la carretera nacional; el resto, fue a resguardarse en la casa para continuar la fiesta al calor de la chimenea.

Las risas y las conversaciones se confundían con los ladridos de los hambrientos sabuesos de las rehalas y con la voccita infantil que continuaba entonando la canción mientras saltaba:

«Al pasar la barca,  
me dijo el barquero,  
las niñas bonitas no pagan dinero.  
Yo no soy bonita ni lo quiero ser,  
tome usted los cuartos y a pasarlo bien...».

## -CAPÍTULO 2-

*Sábado 24 de septiembre de 2011*

*20:00 horas*

A través de la ventana de mi despacho vi acercarse la noche silenciosa e implacable. En la pantalla del ordenador brillaba la frase con la que finalizaría mi intervención. La cita era del mito de Eco y Narciso. Hacía referencia al comportamiento habitual de un sujeto con un trastorno de personalidad narcisista, incapaz de establecer relaciones adecuadas por su imposibilidad para vincularse, para amar a nadie que no fuera él mismo:

«Huye él y, al huir, aleja las manos del abrazo. Moriré antes de que te adueñes de mí».

Hace seis meses recibí la llamada de un compañero de facultad con el que aún mantenía contacto, a pesar de los años y la distancia. Quería que fuera a Madrid y me ofrecía la conferencia de clausura de un curso sobre trastornos de la personalidad que organizaba su departamento. Acepté ilusionada pero, entre unas cosas y otras, no había tenido tiempo para ponerme a trabajar a fondo en ella. Por fin, tras unos cuantos fines de semana encerrada en casa, ponía punto final.

Satisfecha de cómo había quedado, apagué el ordenador y encendí la luz. Al abrir el cajón de la mesa encontré la nota que el psicópata me dejó junto a unos folios que Marina había escrito y en la que zanjaba su actuación con palabras amenazantes: «La prueba de lo que soy capaz de hacer. Marcos».

Mi instinto, más fuerte que la razón, me aconsejó no deshacerme de ella a pesar de la ira, el sufrimiento y el terror que me produjo en aquel momento; de esa manera nunca olvidaría al maldito hijo de puta que truncó la vida de Marina y, para mi desgracia, me colocó en su punto de mira.

Marina, mi paciente, era una mujer débil, dependiente y sumisa que se enamoró por segunda vez del hombre equivocado. Para ella, ese lobo disfrazado de cordero se hacía llamar Marcos; ante mí se presentó como Javier Díaz, un paciente más con una enloquecedora biografía que le había llevado a mi consulta. El muy cabrón había urdido un plan maquiavélico para conocer los entresijos de mi práctica profesional, averiguar mis debilidades y degradarme ante Marina poniéndola en mi contra, porque yo era la única persona que habría podido salvarla de sí misma.

Marina no pudo aguantar la inmensa culpabilidad que Marcos proyectaba sobre ella en el día a día de su relación. Intenté sostenerla, pero fui incapaz. En realidad, le fallé. La inestabilidad emocional de mi propia vida en aquellos momentos propició que no pudiera entrever nada más allá de lo que me relataba en las sesiones.

Desde mi papel de psicoterapeuta fui una presa fácil para aquel ser malévolo, el cual entretejió una tela de araña de mentiras a mi alrededor; luego me mostró sus perversas intenciones y, por fin, me desafió a un retorcido juego que él mismo había inventado.

Las últimas palabras que pronunció resuenan en mi cabeza como un eco: «La partida queda aplazada, has ganado en tu terreno, llegará el día en que nos volvamos a encontrar. Te juro que ese día no habrá paz para ti».

Llevaba más de un año sin saber de él. Durante meses lloré mi fracaso profesional y oculté a todos el miedo que sentí en su presencia, porque sabía que era de los que cumplen sus promesas. Con el tiempo, el dolor dio paso a la rabia y luego, curiosamente, comencé a sentirme segura; volví a ser yo misma.

De un golpe seco cerré el cajón. Era mejor no remover el pasado.

El ruido despertó a Nala que dormía en el suelo. Me

miró con cara de sueño y se incorporó de un salto en cuanto se percató de que me levantaba del sillón. Me siguió por el pasillo hasta la cocina donde mis pies se habían encajinado con la intención de concederme un homenaje. Pasar la tarde de un sábado trabajando en la conferencia se merecía un helado grande y sabroso. Busqué en el congelador y encontré una tarrina de vainilla con pepitas de chocolate, mi sabor preferido. Con gran dificultad, por lo solidificado que estaba, conseguí llenar un cuenco hasta arriba; mientras, la perra amenizaba aquel arduo proceso con cansinos ladridos con los que demandaba su ración.

—No puede ser, Nala. Te estás poniendo muy gorda —le dije muy seria.

La primera cucharada que probé me transportó a otra dimensión. Siempre me ocurría. La mezcla de lo dulce, lo amargo y lo frío estalló en mi boca como fuegos artificiales de variopintas percepciones. La traca final fue la merecida sensación de bienestar en que me había sumido ese insignificante placer. Lo degusté y repetí. No podía parar. Nala, no contenta con ladrarme, insistía dándome con su pata en el muslo.

—Vale, de acuerdo. No me mires con esos ojitos, te dejaré un poco.

Me dirigí hasta el salón, con ella a la zaga y comenzamos a subir los peldaños de la escalera que llegaba al solárium. El verano, como siempre, se alargaba. La temperatura a mediodía seguía siendo elevada; sin embargo, por la noche, un reconfortante aire otoñal aliviaba el bochorno. Me dejé caer en una tumbona y al poco sentí un escalofrío. Busqué una manta fina de algodón con la que cubrirme mientras seguía disfrutando de mi recompensa. La perra no dejaba de mirarme; aguardaba expectante a que cumpliera lo prometido.

Una ráfaga de viento me trajo la fragancia de la dama de noche. Inspiré hondo hasta saciarme del perfume dul-

zón mientras me entretenía buscando en el cielo el brillo de las primeras estrellas que salpicaban la hora azul.

Tras mucho tiempo, había vuelto a estimar aquellos instantes —segundos de felicidad— que nos ofrecía la vida. En la región del olvido de mi cerebro quedaron los acontecimientos que pusieron patas arriba mi vida un año antes: las llamadas anónimas al teléfono, el intento de asesinato y, cómo no, el amor y el desamor.

En el silencio, la suave melodía del móvil resonó de manera exagerada. Me levanté para soltar el bol en la mesa y descolgué.

—¿Diga?

—¿Mercedes? Soy Felipe.

—Felipe, ¡cuánto tiempo sin saber de ti!

—Es cierto. Hace mucho que no hablamos, ni coincidimos.

—¡Gracias a Dios! —exclamé riendo—. Aún recuerdo el enfrentamiento que tuvimos la última vez que...

—Veo que no has perdido tu sarcasmo.

—No te fíes, ando recuperándome. Tuve un año muy malo.

—Supe lo de tu atropello; bueno, quiero decir, de tu intento de asesinato. Quise llamarte pero, ya sabes, lo dejas un día y otro; al final quedas como una mierda...

—No es para tanto, solo como un cerdo —dije riendo con ganas—. Además, si no recuerdo mal, para resarcirme de la marranada que me hiciste me prometiste que me llevarías a cenar y tampoco lo has cumplido.

—Perdona. Soy un desastre. El trabajo me absorbe y pierdo el norte.

—Deberías bajar el ritmo. Sería bueno para tu salud física y psíquica.

—Lo intento pero, no sé cómo, al final me enredo en algún truculento asunto que me quita el sueño; esa es la justificación de mi llamada.



—¿Tienes insomnio?

Escuché una carcajada que me hizo sonreír.

—No. Me refería al asunto. Necesito tu ayuda.

—Te temo, Felipe. A ver, dime, ¿qué te ronda por la cabeza?

—¿Has leído últimamente los periódicos?

—No. Solo leo las noticias de bolsa en internet.

—¿Ahora te dedicas a invertir? —dijo con sorna.

—Qué más quisiera yo. Es un decir. No tengo tiempo ni para leer el periódico.

—Mejor, te prefiero virgen —bromeó—. Necesito que me ayudes. Se trata de una mujer acusada de asesinato.

Sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua helada. Conocía a Felipe y qué buscaba cuando demandaba colaboración para un caso, así como su habilidad para involucrarte en sus asuntos. Aunque estaba bastante recuperada, me daba miedo que me embrollara como había hecho en otras ocasiones.

—Oye, Felipe, ¿tienes *lapsus* de memoria?

—¿Por qué lo dices?

—¿Has olvidado lo que te dije la última vez que trabajé contigo?

—Lo recuerdo a la perfección, pero esta vez te necesito, de verdad. Tengo un compromiso ineludible con esta familia, el caso es muy grave. Te propongo que, antes de decidir, escuches a la madre de la acusada —dijo con cierta desesperación.

Aunque me había jurado no hacerlo más, no me pude negar ante el tono de su petición. El abogado era un buen amigo, le debía algún que otro favor y, para colmo, sabía ser muy persistente. No renunciaría a mi ayuda con facilidad.

—De acuerdo, Felipe. Pero quiero que sepas que no me comprometo a nada. Prométeme que me darás libertad para escoger y, sobre todo, no me liarás si finalmente decido no ser tu asesora en el caso.

—Te lo prometo.

—Muy rápido has contestado. No me fío de ti ni un pelo —reí.

—¿Podrías venir el lunes a mi despacho?

—El lunes tengo pacientes citados. Voy a comprobar a qué hora puedo estar disponible.

Descendí con rapidez y rebusqué en la mesa del despacho. La agenda estaba oculta bajo los folios de la ponencia.

—En efecto —respondí—, el lunes podría, pero no antes de las ocho y media. Si te parece, quedamos a esa hora.

—Muy bien. Te espero en el bufete a las nueve menos cuarto, así tienes tiempo de sobra. Muchas gracias, Mercedes.

Me dirigí a la cocina a por un vaso de agua con una extraña sensación. Felipe solía recurrir a mí cuando el caso era complicado o sospechaba que algún problema psicológico de base pudiera ser utilizado en la defensa. ¿Qué habría sucedido? Y yo sin enterarme.

Regresé al despacho dispuesta a realizar una búsqueda de noticias relacionadas con lo que Felipe había comentado. Encendí el ordenador y escribí en el buscador: «asesinato», «mujer», «Córdoba» y, antes de darle a buscar, me censuré. Me conocía y, si comenzaba a leer sobre el tema, con lo exhaustiva que era, no me detendría. Era preferible descansar el fin de semana sin machacarme con un debate interior sobre si debería o no prestarme a la petición de Felipe.

«Es mucho mejor que acudas a la reunión del lunes ignorando los hechos, sin ideas preconcebidas», me dije convencida.

Al salir de la habitación miré a mi alrededor buscando a Nala, no la vi por ningún lado. Me temí lo peor. Subí los escalones de dos en dos y al llegar contemplé lo que había imaginado. La perra se había zampado todo el helado

y continuaba dando lametones con su lengua enorme y rosada, dejando el recipiente vacío más y más reluciente.

—¡Eres una perra mala! —le reñí.

Nala se sentó como si no fuera con ella y agachó la cabeza con ojos de inocencia. No pude resistirme a esos tristes luceros color miel; la abracé al tiempo que le susurraba:

—¡Qué traviesa eres, pero qué sería de mi vida sin ti!